Introducción

Maria Ayete Gil
Fernando Larraz

En septiembre de 2023, en Lisboa, los miembros del Seminario Internacional de Literaturas Actuales: Narrativa y Discurso Crítico decidimos dedicar la cuarta edición de nuestro seminario a la obra de Pablo Gutiérrez, después de los encuentros sobre Isaac Rosa, Sara Mesa y Belén Gopegui. Hubo un consenso muy mayoritario al respecto. Queríamos reflexionar y dialogar sobre la obra de Pablo Gutiérrez por la potencialidad crítica de su escritura y por la apertura a imaginarios de emancipación, aspectos que definen los trabajos de nuestro seminario. Pero también queríamos analizar una forma concreta de estar en el sistema literario, una forma posible de ser escritor.

Pablo Gutiérrez es escritor y profesor de instituto en Sanlúcar de Barrameda (Cádiz). Nació en Huelva y estudió Periodismo en la Universidad de Sevilla. Su carrera literaria comenzó cuando aún era muy joven: ya en el año 2002 publicó su primera obra, el texto teatral *Carne de cerdo* (Junta de Andalucía). En 2008, aparece su primera novela, *Rosas, restos de alas* (La Fábrica), reeditada después como *Rosas, restos de alas y otros relatos* (Lengua de Trapo, 2011). Por esa novela, dos años más tarde, en 2010, la revista *Granta* lo elige entre los 22 mejores narradores jóvenes en lengua española. Ese mismo año ve la luz la novela *Nada es crucial* (Lengua de Trapo), que obtuvo el Premio Ojo Crítico de Narrativa y que fue reeditada en 2020 por La Navaja Suiza. En 2012 aparecen dos nuevos títulos: el libro de relatos *Ensimismada correspondencia* (Lengua de Trapo), finalista del II Premio de Narrativa Breve Ribera del Duero; y la que para buena parte de la crítica será la gran novela de la crisis y una de sus obras más leídas y reeditadas, *Democracia* (Seix Barral). Le siguen en 2015 *Los libros repentinos* y, en 2018, *Cabezas cortadas,* también en Seix Barral. Además, es autor de tres novelas juveniles, todas ellas publicadas en Edebé: *Memoria de la chica azul* (2020); *El síndrome de Bergerac*, Premio Edebé de Literatura Juvenil 2021; y *Un verano en Portugal* (2022). Sus últimas dos novelas son *La tercera clase* (2023) y *El cobertizo* (2025), ambas en La Navaja Suiza.

El 29 de octubre de 2018 y a propósito de *Cabezas cortadas*, una obra sobre la emigración protagonizada por la llamada marea granate durante la crisis, aparece en el periódico *El País* un artículo cuyo titular lo componen las siguientes palabras del autor: «Las etiquetas son terroríficas, pero asumo la de escritor social». Y es que, si hay algo que sobresale en la literatura de Pablo Gutiérrez es sin duda usar la literatura como vehículo de denuncia social. Sus personajes (Lecu y Magui, Marco, Reme, María, el coro de voces de *La tercera clase*…) pertenecen de una manera o de otra a los desplazados u olvidados: son los excluidos del reparto del pastel, protagonistas de unas vidas que jamás abren telediarios ni portadas, porque no importan mucho a nadie, y no importan porque ocupan los márgenes, habitan la periferia. Y la periferia es fundamental en el universo literario del autor, tal como muestran varios de los estudios reunidos en este volumen y como trata de enfatizar su propio título. La misma escritura del autor es periférica y lo es en tres sentidos: el primero, porque se practica lejos de los centros literarios de influencia y poder; el segundo, porque tiende a poner el foco sobre la marginalidad (el polvo en las rodillas, las jeringuillas, los descosidos y los burkas y *niqabs*, pero también el barrio de aluvión, el círculo más alejado de los centros urbanos o el descampado); el tercero, finalmente, porque la forma de decir se separa de las corrientes dominantes (una prosa agitada y agitante, en cascada, siempre revolucionaria, en continua experimentación; un torbellino, porque no hay manera *otra* de contar el mundo si no es mediante una forma *otra*, y porque, como bien lo sabe el autor, la forma también es ideológica).

Pablo Gutiérrez es, como su literatura, periférico: ocupa, como autor, una posición voluntariamente circundante en el sistema literario. Por eso, quienes hemos leído su obra nos vemos a menudo obligados a explicar quién es, por qué vale la pena leerlo y por qué no es más reconocido; o bien, en definitiva, qué fue del autor de aquella novela tan celebrada titulada *Democracia*. Ello nos obliga a replantearnos la actuación de los engranajes que hacen funcionar la institución literaria; esto es, la cuestión del canon, del mercado editorial y de la proyección pública de las autorías. En 2015, Gutiérrez nos escribía a propósito de una pregunta sobre su inclusión en la famosa lista de *Granta* lo siguiente: «Vivo demasiado aislado del mundo literario, universitario y etc. [...] Te reconozco que la idea de canon no me hace muy feliz». Interesante, porque no querer canonizarse implica mantenerse apartado de procesos de normalización: socialización literaria, presentación pública, lógicas editoriales y comerciales. Tampoco es casual el paso de Seix Barral a La Navaja Suiza. Pablo Gutiérrez hace literatura ajena al capitalismo cultural, al aura de la escritura, a la aspiración de ser consagrado por un centro, a acumular méritos para ingresar en listas y a satisfacer normas. Al menos en la medida de lo posible, claro. Pero hay sin duda en esta voluntad una concepción antielitista de la literatura: el autor se concibe a sí mismo como no más que un ciudadano que ejerce su derecho a decir en voz alta, de ahí que sostenga en una

entrevista, con la humildad de quien habita y conoce los espacios periféricos —con todas sus limitaciones, pero también con todas sus posibilidades de subversión—, que «el escritor puede poner el punto en la línea del infinito. No resuelve nada, porque no se le pueden exigir soluciones, pero tiene ese derecho». Tiene ese derecho, de nuevo, como cualquier otro ciudadano. No en balde, Gutiérrez se presenta, antes que como literato, como profesor de educación secundaria y bachillerato, un profesor que escribe y que vive en la provincia de Cádiz, y que trabaja con adolescentes en un pueblo costero. Un escritor, en suma, que escribe desde la periferia para poder hablar de la periferia, una periferia que existe, que está ahí, a la vista de todas y de todos, a unos pasos. Es cuestión de querer mirarla.